



José Marín Cañas

La carta

Junto a nuestra Constitución y a nuestros códigos, ha sido característica exclusivamente nacional, la existencia de una fuente absoluta e irrestrictamente novedosa integrada por la actividad epistolar de nuestros grandes políticos. En esta calistenia, creo que no figuran nombres de ninguna otra disciplina, muchas de las cuales son de mayor valimiento que la nombrada. Pero el caso es rigurosamente así, aunque haya sus excepciones y no procedentes de los medios culturales o intelectuales, sino de los más sobrios, prosaicos y venerables, como lo ha sido el campo, nuestro gran fundacional escenario sobre el que vivimos las alta y baja Edad Media con sus señores feudales sin castillo, armas ni coraza. Desde Carrillo, y de ello ya llevamos más de un siglo, el campo, a la manera del Medioevo, fue la razón de nuestra existencia, desarrollo e incipiente riqueza, todo en conjunto que vino a articular la pequeña y modestísima cultura actual.

Pero en general, podremos afirmar sin temor, que el trabajo epistolar de los políticos formó una enciclopedia no por pequeña menos valiosa, en la que quedaron construidos los verdaderos arcaes de nuestro edificio republicano.

Debiera no existir un solo costarricense que ignore la existencia de esta clase de misivas. Somos muy dados a repetir frases hechas, dichos juguetones, gracejadas cónicas, que en las campañas electorales han rodado por las calles a una forma un poco pachuca. Pero por el contrario a lo que debiera, esas epístolas privadas casi todas, no llegan al gran público, por el sencillo hecho de no ser recogidas en los textos de lectura de los niños, que son los llamados, a temprana edad y antes de que se evilezcan, a conocer y amar el profundo sentido de ellas.

Poseemos dentro de este campo, y como exigua selección incomparable, "La carta de don Cleto a un diputado negándose a recibir ayuda económica para el estudio de sus hijos". "El veto a la ley de pelea de gallos", que dictara don Ricardo", impenitente gallero en su juventud. "El veto de don Julio Acosta a la ley de recompensas", "La carta de Taboga", escrita por don Julio Sánchez Lépiz, con motivo de un problema precarista. Y en su última edición, el periódico donde sale este escrito, reproduce la "Car-

ta a don Amadeo ~~Ulate~~ firmada por aquel gran periodista, polemista y ex Presidente, que se llamó Otilio Ulate.

La publicación, con todo honor, en la página 15 de La Nación del domingo 19, tiene para la historia del país, y sobre todo para las generaciones nuevas cuyas mentes están obnubiladas por la propaganda posterior a los hechos del firmante, una importancia inusitada porque vuelve a hacer oír la palabra patricia, y saca a la luz del año 75, el pensamiento y la conducta de hombres que ya el tiempo borró de la faz de la tierra, pero cuyas estelas continúan teniendo una feroz y muy posible interminable vigencia dentro del dialéctico y severo juicio de los costarricenses que hoy ya están en el cementerio, o absortos escuchan el tropel de las nuevas y descalabrantes ideas de un mundo petulante, desahogado, cínico y botarate.

Los viejos la conocíamos. Pero este documento puede leerse cien veces y continuar siendo nuevo. Tal como el buen libro y la excelente sonata, no acaban nunca de pasar, aunque estén pasando siempre como siempre actúan las fuerzas naturales; el viento, el mar, la muerte y el sol. Nunca se ha hecho un mejor retrato —un mejor autorretrato— que el trazado por su propia pluma y su propia mano, el Sr. ex Presidente de la República, don Otilio Ulate. Si físicamente no dejó retrato de buen ver, las grafías de cada palabra, el acomodo de cada término, en una composición coloquial, la brillantez y la humildad del tono, la belleza, corrección y galanura del discurso, hacen de este documento uno de los más entrañables esquemas de una época, cuyos acaeceres, ahora, resultan estrambóticos, gazmoños y fuera de tiesto, si hemos de comparar la escritura con la "hechura" del momento actual, y al decir actual, nos estamos refiriendo a una larga prolongación de años últimos.

En el fondo, de lo que se trata es del colquio amistoso de amigos de la infancia que llegan a la madurez en los momentos rutilantes de ocupar ambos "funciones de gobierno", como era el modo de decir en aquel mandato, al acto de ser Presidente.

Hay algo juvenil y puro, en el enfrentamiento de dos personalidades cuya raíz profunda bebió de la misma tierra nutricia, de la mis-

ma pobreza inmaculada; de igual caminar por los azares de la vida a la búsqueda de una actitud que fuera reflejo de una patria severa, austera, pobre y elegantemente digna. Si lo anecdótico nos subyuga ahora, como nos conmovió en las fechas en que saliera a la luz, lo que sigue siendo una razón profunda que convierte el documento en trabajo epistolar de tan alto valimiento y tan refinados contornos como aquellos que hemos citado más arriba, es lo modesto, lo poco grandilocuente, la humildemente enterrecida que es la parla de amigos, que se encuentran en un entrevero de la política, al cabo de una larga caminata por duros caminos diferentes, sin que el meollo sustancioso que los animó de jóvenes, haya cambiado de esencia, mutado de materia, trocado su norte. Y al enfrentarse otra vez, con qué júbilo, recrean el ánimo que los guió y la confianza mutua que en sus propios ejercicios tuvieron. Costarricenses ambos, silenciados ya por la criba de la muerte, sus espíritus —o mejor dicho su espíritu único— de nuevo verdea en ambientes ya caldeados, en horas confusas y deterioradas, sobre terrenos que cambiaron de siembra, se erosionaron con el ajetreo de la política, se volvieron barbecho, montezal, breñal de moras y espinas.

El texto conserva su frescura, su tibia candor, su limpia agua fresca. Cuánto daría este costarricense por conseguir que tales palabras no caigan en el olvido; sino muy al contrario, emprendan de nuevo, como siempre, la diseminación de un Evangelio que fue arrinconado!